

Epístola para el Tercer Domingo después de la Trinidad

1 Pedro 5:5-11

“Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad, porque «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes». Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo. Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar. Resistidlo firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Pero el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.”

1. Esta es la parte final y la conclusión de la Epístola de San Pedro. Es una exhortación a las buenas obras que el cristiano o creyente debe tener y practicar. Por eso, la gente puede ver y comprender que la enseñanza del evangelio no es la clase de doctrina que se le acusa de ser, una doctrina que prohíbe las buenas obras o que no las requiere y promueve seriamente. Más bien, es una enseñanza que anima con la mayor diligencia y abundancia a las obras, con que realmente sean buenas obras. En particular, hay en esta lección de la Epístola cuatro puntos especiales enumerados, que producen cuatro buenos sermones.

EL PRIMERO, DE LA HUMILDAD

2. Justo antes de esto, el apóstol amonestó a los ancianos, es decir, a los pastores y predicadores que deben gobernar las iglesias, a ser “ejemplos para el rebaño” en sus vidas y no ser despóticos en su oficio, como si fueran señores sobre ellas, sino a servir a otros con su oficio. Así también aquí amonesta al otro grupo, especialmente a los jóvenes, a estar “sujetos a los ancianos”. En general, todos deben ser sujetos unos a otros. Esta es la virtud más hermosa y deleitosa del amor, y es muy necesaria para mantener la paz y la disciplina entre la gente. En particular, empero, adorna y se adecua a los jóvenes, haciendo que sean muy queridos de Dios y la gente y que produzcan muchos buenos frutos.

3. Si pudiéramos impresionar a la gente para que esta virtud ganara terreno, habría prosperidad en todas partes, y este sería un hermoso mundo para contemplar, lleno de disciplina y de toda buena obra. Preferiría mucho ver una ciudad en que los jóvenes fueran criados en esta virtud que cien monasterios descalzos y cartujos, aunque vivieran con la mayor rigidez. La queja más grande y común en todas partes ahora desgraciadamente es la de la desobediencia, la impudencia y el orgullo de los jóvenes generalmente en todos los estados. Por tanto, sería muy necesario plantar y promover

esta amonestación con toda diligencia, especialmente a los jóvenes, si pudiera ayudar en algo.

4. Primero, San Pedro nos confronta con el mandato de Dios, para que sepamos que no es una obra opcional, para hacer o dejar de hacer como uno quiera. Más bien, Dios seriamente quiere tenerla de ti, y se debe hacer con amor y voluntad; de otro modo tendrás su ira sobre ti y ninguna prosperidad ni gracia, ni siquiera entre la gente, porque el orgullo y la arrogancia son enemigos de todos, malditos por el mundo entero, aun por los extranjeros a quienes no les incumbe.

Sí, aunque uno está atascado en este él mismo y no puede ver su propia vergüenza, todavía no puede tolerar esto en nadie más sino él mismo tiene que odiarlo y condenarlo. Este vicio no daña a nadie sino a ti mismo, de modo que te haces odioso y despreciado con Dios y el pueblo, y obtienes una reputación tal que todos te llamen suciedad burda y orgullosa y dicen que debes estar avergonzado de ti mismo. Dios permite que venga sobre ti este veredicto y desprecio, para que veas que no dejará este vicio sin castigo sino lo derrocará, como dice San Pedro aquí: “resiste a los soberbios”, etc.

5. La gente debe conmoverse por los ejemplos que el cumplimiento de este pasaje diariamente pone ante nuestros ojos. Si no quieres prestar atención y tu propio honor y favor ante el mundo o, por otro lado, al desprecio y las maldiciones vulgares de toda la gente; si no eres conmovido por el ejemplo espléndido de la alta persona y eterna majestad del Hijo de Dios, nuestro Señor (que debe conmoverte grandemente, si tienes una chispa de un corazón cristiano en ti), cuando ves en él tal humildad que es indecible y más allá de la mente y comprensión humana, si realmente lo pudieras mirar, debería derretirte; si todo esto no te afecta, los muchos ejemplos terribles de la horrible ira de Dios, con que ha tratado el orgullo desde el comienzo, debe humillarte.

6. ¿Qué, entonces, es más aterrador que la caída y expulsión eterna e irreparable de la alta naturaleza angélica, con que el diablo se robó el honor y la gloria de los espíritus nobles y benditos y la eterna contemplación de Dios, y lo cual llevó a su condenación eterna intolerable, puesto que quería hacerse igual a Dios? Por ese mismo orgullo también llevó a la gente a una caída miserable. Pero ¿qué clase de persona ciega, maldita eres, que con tu orgullo vergonzoso quisieras hacerte igual a ese espíritu abominable? De esa forma, estarías haciendo el mundo entero hostil a ti, y además te estarías oponiendo a la divina Majestad, ante quien aun los ángeles tienen que temblar. ¿No te atemorizaría y te asustaría perder el favor y las oraciones bondadosas de toda la gente? Luego debes temer que Dios apunte a tu cabeza con sus truenos y relámpagos, con que rompe aun el hierro, las rocas y las montañas, y te arroje eternamente al abismo, como arrojó al espíritu orgulloso con sus ángeles.

7. Por tanto, San Pedro ahora amonesta tanto a los que ahora están en el oficio de la predicación y otros cristianos, que son y tienen algo que Dios les ha dado, a permanecer en su vocación y oficio y cumplirlo con toda humildad, obedeciendo gustosamente y sirviendo a otros. Este vicio aquí es el más dañino, puesto que todo el gobierno de la

cristiandad, su vida y carácter son organizados en tal forma por Dios para que nadie deba querer ser altivo, enseñorearse de y asumir la superioridad sobre otros, como ha hecho el Papa, el verdadero anticristo, en su gobierno. Más bien, en todos los estados, oficios y obras, no debe haber nada sino humildad y obras de amor y servicio cristiano mutuo entre ellos.

8. En el gobierno de la cristiandad, la arrogancia es propia y directamente contra la Primera Tabla; a saber, hay una arrogancia genuinamente diabólica contra el nombre y la palabra de Dios en aquella gente que quiere ser sabia en asuntos de la fe y encontrar faltas en la palabra de Dios. Si tienen algún don que otros no tienen, se inflan, de modo que consideran a Dios y toda la gente a no ser nada. Este vicio también es común entre los obispos y predicadores grandes, doctos y sabios y los que aprenden de ellos y se aferran a ellos, especialmente los principiantes que, aunque sin experiencia ni disciplina, salen y se inflan y se jactan: “Yo también soy un doctor educado. Tengo el Espíritu y otros dones tanto como y más que esos predicadores”. ¡Por eso justamente debemos escucharlos y honrarlos por encima de los demás! Saben que son tan sabios que, en comparación con ellos, el mundo entero no es más que gansos y necios.

Entre más grandes los dones, más dañina es tal arrogancia. También es común en otras profesiones que si alguien sabe un poco y se llama un doctor, se jacta de ello y desprecia a los demás, como si lo que tuviera no fuera dado por Dios sino fuera innato en su naturaleza, y por tanto todos deben honrarlo y adorarlo. No se da cuenta de que va contra Dios y que él mismo será echado al abismo del infierno antes que pueda derrocar a él del cielo.

9. Mira los ejemplos de cómo Dios ha echado tales personas en nuestro tiempo. Tomás Münzer con sus profetas rebeldes, y luego la secta anabaptista, fueron orgullosos de corazón y no querían escuchar lo que se les decía y amonestaba, hasta que repentinamente perecieron todos, no solo con toda vergüenza, sino también con la pérdida miserable, eterna, de sí mismos y mucha gente que había sido llevada al error por ellos. Todavía hay muchos espíritus arrogantes tales, y los que todavía no pueden llegar a ser revelados públicamente. Si en alguna parte notan en sí mismos que son doctos, o que son respetados por la gente en otra forma, se jactan de ello y con toda su habilidad y erudición se quedan sin el Espíritu y sin fruto, aunque no hagan más daño que condenar a sí mismos.

10. Lo mismo sucede con toda clase de dones y oficios en donde no hay el temor de Dios ni la humildad. Los que deben gobernar, príncipes, consejeros y abogados (cuando no son también teólogos, a saber, cristianos) son tan obstinados y orgullosos que imaginan que son la única gente en la tierra, a quienes los otros tienen que considerarlos dioses; sin embargo, con su orgullo desprecian a Dios y a la gente, y con su arrogancia llevan al país y al pueblo al daño. Ya están bajo el veredicto de que, como enemigos de Dios, tienen que estar arrojados abajo. Ya se han quitado del reino de Dios y la gracia, y el bautismo junto con Cristo y su sufrimiento y sangre se pierden para ellos.

11. Esta es la arrogancia contra el Primera Tabla, cuando la gente no usa los beneficios y dones espirituales para la gloria de Dios ni para el beneficio del prójimo. Así los arruinan tanto para Dios y el pueblo, y además van al diablo, a quien son semejantes.

12. Después, este vicio es tan común aquí abajo en la Segunda Tabla, en los estados y la vida ordinaria del mundo entre ellos, donde cada uno se jacta y desprecia a los demás. El príncipe y el noble piensa que todo el mundo no es nada en comparación con ellos. Los burgueses y los granjeros, que inflan sus barrigas porque tienen muchas monedas de oro, imaginan que tienen que retar a todos y no hacer bien a nadie. Sería justo que todo el mundo les escupiera. Esa arrogancia, por supuesto, no les cabe mejor que una estatua de piedra o bloque de madera vestido de oro y plata. Finalmente, también aquí están las mujeres con su arrogancia necia, juvenil, en que cada una tal vez se vista más hermosamente o mejor que otra. Solo es una gansa bien adornada, aunque ella imagina que no hay nadie igual a ella. Sí, casi no hay ningún portero ni criada que no quiere ir y jactarse más que los otros.

13. En resumen, ha llegado al punto en que todos quieren sobrepasar a otros en desafiar y jactarse; nadie quiere someterse al otro; además, piensan que tienen pleno derecho y autoridad para hacerlo, como si no estuvieran obligados a ceder a nadie. El gobierno secular se ha hecho tan débil que no hay esperanza de restringir la arrogancia de todos los oficios, desde el más alto hasta el más bajo. Finalmente, Dios tiene que meterse con truenos y relámpagos, y entonces tenemos que aprender que él se opone a toda arrogancia y no la tolerará. Por eso debemos amonestar y entrenar a la juventud que todavía se están criando para guardarse contra este vicio (hasta donde sea posible).

14. San Pedro usa una palabra especial aquí cuando dice: “revestíos de humildad”. Eso significa “adherirse” en una forma muy firme, anudado y atado uno a otro, o como la ropa cosida y atada con cordones muy fuertemente para que no pueda romperse. De esta forma muestra cómo los cristianos diligentemente se esfuerzan por ello, como si solo ellos fueran obligados a manifestar y usar esta virtud entre ellos. “Así deben ser”, dice, “atados y ligados unos a otros, con las patas dobladas y las manos unidas”. La humildad no se puede disolver, separar ni romperse, aunque el diablo incita algo o las palabras malvadas de otra persona provean un motivo para enojarse, volver a hacerse obstinado, y jactarse: “¿Debo yo que soy un hombre así tolerar eso de esa persona?”, etc. Más bien, piensen que, entre ustedes como cristianos, deben tolerar y ceder unos a otros, puesto que todos son un cuerpo uno con el otro y bien juntos en la tierra solo para que puedan servir unos a otros con amor.

15. Aquí cada uno debe reconocer su propia debilidad y reflejar que Dios ha dado algo a otro y le puede dar más de lo que tiene; por eso gustosamente debe servir y ceder a los demás, según se requiera. Cada uno ha sido creado para otros, de modo que todos debemos servir unos a otros. Dios da a cada uno la misma gracia y bienaventuranza, de modo que nadie necesita exaltarse sobre otro. Si lo hace, pierde la gracia que se le ha dado y cae muy por debajo de otros en la condenación. Por eso aquí se debe aferrar fuertemente a la humildad, para que no se rompa esta unidad. El diablo lucha por

romper esta unidad; busca y extiende entre la gente toda razón para que uno menosprecie al otro y lo hiera y para que sea extremadamente obstinado y arrogante, como la carne y sangre se inclinan a hacer aun sin eso. Así la humildad fácil y rápidamente se quita, si no resistimos al diablo con sinceridad y somos contrarios a nuestra propia carne.

16. Esta también es una vestimenta y adorno hermoso con que los cristianos son adornados ante Dios y el mundo, más que todas las coronas y la pompa sobre la tierra (como San Pablo nos dice, entre otras cosas, “vestíos ... de humildad”, Colosenses 3:12). En cuanto a la verdadera vida espiritual que agrada a Dios, nadie debe buscarla en otro lugar corriendo a monasterios y desiertos o poniendo una vestimenta gris o la capucha de un monje. San Pedro aquí amonesta a todos los estados a obtener esta virtud. Esta predicación acerca de las buenas obras se aplica a todos los oficios en cada casa, ciudad, aldea, iglesia y escuela, para que los niños, siervos y jóvenes sean sumisos y obedientes a los padres, a los que están en la autoridad, a los superiores y sus mayores. Por otro lado, los que están en autoridad y en los estados más altos deben servir a sus inferiores, aun al menor de ellos. Si la gente hiciera esto, estaríamos llenos de buenas obras, porque es imposible que la humildad haga mal; más bien, es útil, ventajoso y placentero para todos.

17. De esta forma podemos conocer y descubrir a cristianos genuinamente santos mejor que por toda la santidad y obras monásticas y solitarias. No toma gran esfuerzo ponerse un hábito gris; no es demasiado acostarse en la tierra y levantarse a la medianoche. Aun los criminales malvados, los ladrones y asesinos hacen eso y muchas veces tienen que hacerlo. Sin embargo, vestirse de y adherirse firmemente a esta vestimenta angélica no apelará al mundo, aunque llenáramos el mundo entero del monaquismo. Por eso la carne y sangre no quieren esto, y todos buscan una vida fácil en donde puedan vivir por sí mismos y no tienen que servir a nadie y sufrir por otros, como los monjes han buscado y escogido.

18. San Pedro ahora agrega la razón por estas exhortaciones: “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”. De esta forma, como dije antes, señala el mandato sincero de Dios y hace que una severa amenaza lo acompañe. No solo dice: “Dios castiga a los arrogantes o es hostil a ellos”, sino “se opone a ellos y los resiste”. ¿Pero qué es la arrogancia de toda la gente en comparación con Dios, excepto un globo pobre y vacío? Para ser aun más inútil, se infla y expande su barriga como si quisiera atacar el cielo y correr contra los relámpagos y los truenos que pueden romper cielo y tierra. ¿Qué puede hacer el poder de todas las criaturas si Dios las resiste? ¿Cómo se atreve un hombre miserable, cuyo corazón puede ser abatido con un pequeño furúnculo o úlcera, levantarse contra la majestad que puede en cualquier momento arrojarlo en el abismo? Sirac, en el capítulo 10, dice: “¿De qué se enorgullece el que es tierra y ceniza?” (Sirac 10:9).

19. ¿No es suficiente y demasiado cuando aparte de eso tenemos el pecado y la desobediencia en nosotros, por los cuales enojamos a Dios y merecemos castigo severo,

que también queramos provocarlo con nuestra arrogancia y desafío, de modo que tenga que oponerse a nosotros con su majestad? Con otros pecados todavía puede tener paciencia, con la cual nos amonesta y estimula al arrepentimiento. Sin embargo, si nosotros con impenitencia obstinada queremos desafiarlo e ir en contra de él, entonces él también tiene que volver su cabeza contra nosotros. ¿Pero quién puede soportar o resistirlo cuando él vuelve su rostro y poder contra un pobre hombre, que antes fue sujetado en cada momento a la muerte y al poder del diablo?

20. La evidencia de historias sin número desde el comienzo ha demostrado la verdad del pasaje “Dios resiste a los soberbios”, que siempre ha derrocado y destruido al mundo arrogante y ha tumbado a los reyes y señores orgullosos y desafiantes. El gran rey de Babilonia, Nabucodonosor, fue humillado cuando tuvo que dejar que le quiten del trono para vivir entre los animales del campo y comer hierba con ellos. Asimismo, qué rápidamente el gran rey Alejandro fue derrocado, cuando, después de la victoria y el éxito que Dios le dio, comenzó a enorgullecerse y quiso ser considerado un dios. Igualmente, el rey Herodes Agripa. ¡Cuán rápidamente el emperador astuto y orgulloso, Julián, el burlador y perseguidor venenoso de Cristo, a quien había negado, se ahogó en su propia sangre! Después, ¿en dónde están todos los tiranos orgullosos y desafiantes que han querido oprimir y suprimir la cristiandad?

21. El Papa también siempre ha asumido la superioridad por arrogancia diabólica, y en el templo de Dios se ha identificado con Dios. Además, ha sobrepasado a todos los demás con pompa y orgullo mundano, de modo que ha aprendido inclusive de emperadores paganos (tales como Diocleciano y otros tiranos) a hacer que le besen los pies y hasta ha obligado a emperadores y reyes a hacerlo. Qué desafío tan obvio e inhumano ejerció el Papa Alejandro III cuando obligó al buen y poderoso emperador alemán, Federico Barbarossa, usando nada más que el falso terror de su excomunión sin valor, a postrarse bajo sus pies para que pudiera pisarlo y decir: *Super aspidem et basiliscum ambulabis* (sobre la víbora y sobre la serpiente caminarás). Cuando el emperador respondió a esa arrogancia vergonzosa diciendo: *Non tibi, sed Petro* (No a ti, sino a Pedro), le pisó una vez más con más desafío: *Et mihi et Petro* (tanto a mí, y a Pedro). ¡Eso realmente es una arrogancia excesiva!

22. El turco también está más orgulloso ahora que jamás en el pasado. Espero que esté en el escalón más alto y no pueda ni quiera subir más, a menos que todavía pueda pelear con nosotros y humillarnos. Pero está cerca al final, cuando Dios arrojará tanto al Papa y el turco con su divino poder, y (como dice Daniel 2:45) “sin mano humana”. Este texto (“Dios resiste al soberbio”, etc.) no fallará, sino se tiene que demostrar en la acción, de modo que la gente vea lo que quiere decir que “Dios resiste”; de otro modo, nadie lo creería. Aun si el turco y el mundo entero fueran mil veces más orgullosos y poderosos, eso no les ayudaría cuando el que está arriba abre sus ojos, se enoja y comienza a alzar su mano, porque se preocupa por todos los emperadores turcos y el poder del Papa tan poco como por una mosca muerta.

23. “Horrenda cosa”, dice la Epístola a los Hebreos, “es caer en manos del Dios vivo”. Pero esta arrogancia no es otra cosa sino correr contra él con desprecio y desafío, de modo que él, a su vez, tiene que oponerse y levantar la mano contra la gente. Por tanto, todos deben guardarse de no retar y jactarse ante la Majestad, no solo para que no enoje a Dios, sino también para que pueda tener gracia y bendición sobre lo que debe hacer. Si comienzas algo basado en tu propio poder, sabiduría y terquedad, no pienses que él te dará éxito y bendición para realizarlo. Por otro lado, si te humillas y comienzas algo en el temor de Dios y con confianza en su gracia conforme a su voluntad, entonces aquí se te promete (cuando dice: “da gracia a los humildes”) que no solo tendrás favor con la gente sino también éxito. Serás útil tanto a Dios y el mundo y llevarás a cabo y mantendrás tu obra contra la oposición del diablo y sus escamas. En donde está la gracia de Dios, allí seguirá su bendición, protección y abrigo, de modo que tal persona no puede ser abatido ni derrocado. Más bien, aunque pueda ser oprimido por un tiempo, finalmente saldrá otra vez y será exaltado, como dice San Pedro en su conclusión.

“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo.” (1 Pedro 5:6)

24. Con estas palabras, muestra qué es y qué significa la verdadera humildad, y de dónde viene, a saber, que el corazón por el conocimiento de su pecado se asusta de la ira de Dios y con ansiedad busca la gracia. Así es humildad no solo externamente ante la gente sino también del corazón por amor a Dios y por el temor de Dios y el conocimiento de su propia indignidad y debilidad. Tal persona que teme a Dios y (como dice Isaías 66:2,5) “tiembla a su palabra” obviamente no retará, no se jactará ni se gloriará contra nadie; de hecho, hasta tendrá un corazón bien templado aun hacia sus enemigos. Por eso también halla gracia tanto con Dios y con la gente.

25. La causa, dice, debe ser “la poderosa mano de Dios”. Es como si quisiera decir: “No necesitas hacer algo y dejarlo sin hacer por causa de la gente; más bien, debes humillarte bajo la mano de Dios”. Esta es fuerte, potente y poderosa en ambos lados, para pegar y arrojar a los orgullosos y seguros, aun si tienen cabezas y corazones duros de hierro, de modo que tienen que acostarse en polvo y ceniza, hasta siendo desalentados y desesperados en la angustia y los tormentos del infierno, si les atacara aun un poco con el terror de su ira. Aun los santos experimentan esto y severamente lamentan y claman de cuán duro es soportar la mano de Dios, como dice el Salmo 38:2-3): “Tus saetas cayeron sobre mí, y sobre mí ha descendido tu mano. Nada hay sano en mi carne a causa de tu ira”. El Salmo 102:9-10 dice: “Por lo cual yo como ceniza a manera de pan y mi bebida mezclo con lágrimas, a causa de tu enojo y de tu ira, pues me alzaste y me has arrojado”. Asimismo, el Salmo 39:10-11 dice: “Estoy consumido bajo los golpes de tu mano”, y otra vez: “Con castigos por el pecado corriges al hombre y deshaces como polilla lo más estimado de él”.

26. Segundo, también es la naturaleza de esta mano poderosa apoyar, consolar y fortalecer de nuevo a los humillados y asustados y, como dice Pedro aquí “exaltarlos” de nuevo. Los que están subyugados en el susto no deben desesperarse por ello ni huir

de Dios, sino dejarse ser apoyados y consolados de nuevo por causa de Dios. Quiere que se señale y predique que no nos acoge con su mano para que perezcamos, seamos condenados, o seamos perdidos bajo ella. Más bien, lo hace para llevarnos al arrepentimiento. (De otro modo nunca volvería a importarnos su palabra y voluntad.) Cuando buscamos la gracia, entonces él nos ayuda levantarnos de nuevo y nos da el perdón de los pecados, el Espíritu Santo y la vida eterna. Los salmos y los profetas hablan de esto en muchos lugares, tales como: “Me castigó gravemente Jah, pero no me entregó a la muerte” (Salmo 118:18). Asimismo: “Jehová abre los ojos a los ciegos; Jehová levanta a los caídos; Jehová ama a los justos” (Salmo 146:8).

27. También dice que exaltará “a su debido tiempo”. Aunque tarda, y el pueblo humillado y sufriente imagina que han sido oprimidos demasiado tiempo bajo la mano de Dios, de modo que casi se consumen por ello, sin embargo, contra su percepción deben mirar la promesa de que él no los dejará ser tentados más y por más tiempo de lo que puedan soportar (como dice San Pablo, 1 Cor 10:13). Más bien, les escuchará llamar y clamar y en el debido tiempo les ayudará; esto seguramente debe consolarlos. Por otro lado, las demás personas orgullosas deben temer, aunque por un tiempo les deja sin castigo, siguiendo con desafiarlo. También es un inspector sobre ellos, y cuando percibe que ha llegado la hora, les vencerá con demasiado vigor, de modo que sea demasiado pesado para ellos. Ya ha extendido su brazo poderoso, tanto para derrocar a los impíos y para exaltar a los humildes.

II

“Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.” (1 Pedro 5:7).

28. Si alguien vive en su terreno con el temor de Dios y la humildad, y sufre el desafío, la arrogancia y la insolencia del mundo, ¿qué le sucederá entre la gente? ¿En dónde hallará protección y defensa, de modo que pueda seguir en su piedad? Diariamente vemos y escuchamos cómo los justos son afligidos y perseguidos y tienen que ser el trazo del mundo. Por eso dice: “Porque ustedes los cristianos tienen que sufrir pruebas y oposición, carestía y necesidad en el mundo, tanto física y espiritual, su corazón se llena de ansiedad y cuidado, pensando: “¿Qué me pasará? ¿En dónde ganaré mi sustento? Asimismo, ¿qué me pasará cuando muera?,” etc. Mientras tanto, el mundo solo se preocupa con hacerse rico y llenar su barriga. Las conciencias alarmadas e incrédulas quieren buscar tener a un Dios misericordioso y morir bien por sí mismos y sus buenas obras.

“Aquí”, dice, “escúchame, y te daré el consejo y la enseñanza correcta acerca de en dónde depositar tus cuidados”. Hay un pasaje breve en el Salmo 55 que dice: “Echa sobre Jehová tu carga y él te sostendrá; no dejará para siempre caído al justo”, etc. Debes hacer lo mismo: No dejes tus cuidados sobre ti mismo, porque no puedes soportarlos y finalmente tienes que hundirte bajo ellos. Más bien, con confianza y todo gozo déjalos y échalos de ti sobre Dios y di: “Padre celestial, siempre eres mi Señor y Dios, que me creaste cuando yo no era nada y me redimiste por medio de tu Hijo.

Ahora, me has encomendado y has puesto sobre mí este o aquel oficio y obra, en donde las cosas no van como quiero. Hay tanto que me oprime y alarma, para lo cual no encuentro auxilio ni ayuda en mí mismo. Por tanto, también encomiendo esto a ti. Dame auxilio y ayuda, y sé todo en estos asuntos”, etc.

29. Dios ciertamente se agrada de esta oración y nos dice solo hacer lo que se nos manda y dejar a él la preocupación de cómo sucederá y qué lograremos. Muchos otros pasajes similares también dicen esto, tales como el Salmo 37:5: “Encomienda a Jehová tu camino, confía en él y él hará”. Ningún pagano, ningún filósofo ni abogado (a menos que también tenga la palabra de Dios) puede echar su cuidado y preocupación de sí mismo sobre Dios. Aparte de eso, el mundo entero, especialmente los grandes y sabios que deben gobernar, piensan que ellos mismos deben lograr todo con su cuidado y perspicacia. Si alguien no tiene éxito, puesto que comúnmente sucede que aun la gente más grande y sabia se equivoca, entonces se hacen locos y necios y comienzan a quejarse y discutir contra Dios y su gobierno, como si no reinara correctamente, etc. Sin embargo, reciben lo que merecen cuando deja que sus cálculos y planes fracasen y suceda lo opuesto. No quieren confesar que lo necesitan, sino piensan que ellos mismos tienen suficiente sabiduría, poder y fortaleza para que Dios tenga que dejar que suceda como ellos hayan imaginado. Así pasan sus vidas en muchos planes y cuidados vanos. Por eso, muchas veces tienen que aprender y confesar de otra manera en su propia experiencia.

30. Por tanto, es la habilidad y destreza de los cristianos, más que toda la demás gente en la tierra, que saben en dónde poner y dejar sus cuidados mientras los demás se atormentan y se molestan por ello, y finalmente tienen que desesperarse por ello. Eso ciertamente resulta de la incredulidad, que no tiene a Dios y quiere cuidar a sí misma. La fe, sin embargo, se aferra a estas palabras que San Pedro clama en la Escritura: “porque él tiene cuidado de vosotros”. La fe alegremente considera estas palabras, y luego va y sufre todo. Sabe que es llamada para hacer esto, pero deja los cuidados a Dios, y así valientemente pasa por todo lo que la ataca. Puede apelar a Dios como el Padre y decir: “Haré lo que Dios me ha mandado, pero dejaré a él cómo suceda”.

31. Tiene que actuar así si quiere seguir bien y felizmente en todos los asuntos más grandes, en el peligro y en la hora de la muerte, cuando no puede, con ningún cuidado propio, escoger ni planear lo que le sucede ni cómo sucede. Luego, con sus ojos, sentidos y pensamientos cerrados, con fe y confianza tiene que entregarse y echarse en las manos, el cuidado y la protección de Dios y decir: “Dios me ha dejado vivir hasta esta hora sin mi cuidado. Además, me ha dado a su querido Hijo como un tesoro y una promesa segura de la vida eterna. Por tanto, apártate con gozo, querida alma, porque tienes a un Padre y Salvador fiel que te ha tomado en sus manos y te mantendrá seguro”, etc.

32. Así toda la iglesia cristiana junta, en su alto oficio y gobierno espiritual (de lo cual San Pedro especialmente habla aquí), tiene que hacer lo que ningún hombre ni criatura puede cumplir ni mantener por sus propios planes, sabiduría y fortaleza. Al hacer esto,

no se puede buscar ningún poder, fuerza ni protección en que podamos consolarnos y en que podamos depender en el mundo. Más bien, está completamente en las manos de Dios solamente, quien tiene que preservarla por su fuerza divina. Desde el comienzo, siempre la ha preservado milagrosamente en el mundo, en gran debilidad, en división por cismáticos y herejes, y en la persecución por los tiranos. Es su propio gobierno solo, y sin embargo encomienda el oficio y el servicio a las personas, a quienes él llama y quiere usar para distribuir su palabra y sacramento por sus bocas y manos.

Por tanto, cada cristiano, especialmente si está en tal oficio y comunión, debe tener la intención solo de servir fielmente a Dios en lo que Dios le ha llamado y puesto, y al hacer lo que se le ha mandado hacer. Deja al Señor el cuidado de lo que sucederá a la iglesia y cómo se preservará contra el diablo y el mundo. Él ha tomado esto sobre sí mismo, y así quitado todo el cuidado de nosotros, de modo que estamos seguros en dónde quedará firme y qué le sucederá. Si se basara en el consejo, el poder y la voluntad humana, entonces el diablo con su poder pronto la habría derrocado y destruido.

33. Asimismo, en todos los oficios y estados cada uno debe seguir este consejo de San Pedro. El príncipe debe luchar por proteger su tierra y pueblo, promover la palabra de Dios, mantener la disciplina y la paz, hacer justicia para todos, castigar a los desobedientes, etc. Los consejeros, oficiales y comandantes deben aconsejar y ayudar en esto. Los pastores y predicadores deben hablar la palabra de Dios y la verdad con honestidad y sin temor. Cada ciudadano, súbdito, etc., debe aplicarse a su actividad y trabajo. Todo lo demás que haya se puede sencillamente encomendar a Dios.

Sin embargo, el mundo no hace esto. Más bien, todo el mundo piensa: “¿Por qué debo cargarme con tanto peligro, posición y hostilidad?” Asimismo: “¿Por qué debo trabajar y laborar para nada? ¡No lo haré!”, etc. Por este temor y cuidado, o dilata cumplir el oficio y la obra encomendada a él o la hace descuidadamente.

Sin embargo, tales personas también deben saber que no son cristianos, ni pueden servir y ser útiles para Dios en su reino y en los oficios encomendados a ellos. Si no quieren hacer de otra manera, deben entregar el oficio que Dios les ha encomendado. No basta sentarse en el oficio y ser alabado y honrado. A todos nos gusta escuchar que alaben y honren los oficios y estados. También debes saber que no estás en un oficio para andar en ropa hermosa, sentarte a la cabeza de la mesa, y ser llamado “bondadoso señor” y “majestad”. Más bien, estás en el oficio para conducir y cumplir fielmente la obra que Dios te ha encomendado y por lo cual te ha dado la honra, sin considerar cualquier otro honor, provecho, vergüenza o pérdida.

34. Sin embargo, esto falta en todas partes, porque la gente no quiere creer y confiar que Dios nos cuida y, además, que ha asumido la obra mayor él mismo y tiene que hacer lo que ninguna persona en la tierra puede hacer. Hasta nos ha cuidado antes que naciéramos. Todavía podría hacer todo él mismo sin ninguna ayuda humana, pero quiere hacerlo por medios, usando a nosotros para esas obras divinas de gobernar, castigar, enseñar, consolar, etc.

35. El mundo especialmente tiene la culpa cuando debe hacer algo por el mandato de Dios, porque con su sabiduría siempre quiere calcular todo peligro futuro y las contingencias por adelantado, para resolver y anticiparlos. Lucha por ayuda humana y busca amistad y asistencia en donde pueda. Hace alianzas y otras intrigas, en las cuales depende, y luego supone que tiene la fuerza suficiente para oponerse. Así quieren hacer que el asunto sea seguro por ellos mismos. Eso no es depender de Dios ni encomendar el asunto a él y su cuidado por nosotros, sino es querer salvar el asunto por su propio cuidado y previsión. No ve ni cree que con su cuidado y actividad no logra nada. La inteligencia humana no tiene el poder sobre el futuro ni puede percibirlo. Si aprendiéramos las lecciones de todas las historias, podríamos mirar en el pasado cuán mal se ha engañado la sabiduría humana cuando depende de sí misma. El resultado no es para nada como se había imaginado, sino todo sale diferente, y lo opuesto de lo que imaginaba la gente es lo que ha sucedido.

36. Tantos ejemplos de la Biblia testifican de esto, tales como los de los reyes de Judá e Israel, a los cuales los profetas frecuente y duramente reprendieron porque buscaban recursos y ayuda de pueblos y reyes extranjeros. Los profetas les dijeron que no dependieran de ayuda humana, sino que actuaran conforme a la palabra y el mandato de Dios, puesto que él les protegería y les preservaría. Ellos, empero, no querían escuchar, sino siempre seguían formando amistades y alianzas con los reyes de Egipto, Siria, Babilonia y Asiria. Cuando estos reyes fueron invitados para visitar, venían, inundaron su país y los llevaron cautivos y devastaron todo. Ese fue su pago por no querer obedecer ni creer la palabra de Dios de que él les cuidaría y les protegería y les defendería, si dependieran de él y fueran obedientes.

El pueblo más sabio y excelente, aun entre los paganos, ha lamentado por su propia experiencia que fueron vergonzosamente engañados por sus planes sobre los cuales habían deliberado cuidadosamente. Sin embargo, no se puede decir que el mundo se ha hecho más inteligente por las pérdidas de ellos mismos ni de otra gente.

37. Por eso esto no se predica a nadie sino a unos pocos que son cristianos, que tienen la palabra de Dios ante sus ojos, que son humillados, y que han aprendido a no depender de su propia sabiduría, pensamiento, ayuda ni consuelo humano. Ahora han llegado a ser gente que cree que Dios les cuida, hacen lo que saben que es recto y no son obligados a hacer o permitir que nada, ningún peligro, herida ni oposición, de que teme y se preocupa el mundo, les impida, sino encomendar todas estas cosas a Dios y valientemente caminar en ellas por su mandato.

38. ¿Qué habría hecho (para dar como ejemplo yo mismo) cuando primero comencé a reprender las mentiras de las indulgencias, y después los errores del papado, si habría escuchado y prestado atención a todo lo que el mundo escribía y decía más terriblemente acerca del peligro con que me había encargado por hacerlo? Con cuánta frecuencia tuve que escuchar que si escribía contra esta o aquella excelente persona, causaría un alboroto que sería demasiado severo para mí y para toda la nación alemana. Sin embargo, porque no había comenzado esto por mí mismo, sino fui obligado y

conducido a él debido a mi oficio (de otro modo mucho habría preferido guardar silencio), tuve que seguir. Encomendé el asunto a Dios y dejé que él se preocupara tanto de qué sería el resultado y qué me sucedería por causa de él. Así, a pesar de la oposición furiosa, progresó más de lo que podría haberme atrevido a imaginar ni esperar.

39. ¡Cuánto bien lograría Dios por medio de nosotros si especialmente los grandes, sabios señores y regentes pudieran persuadirse de que lo que San Pedro dice aquí, que Dios nos cuida, es verdad! Entonces no buscarían por su propia sabiduría y pensamientos equipar, fortalecer y animarse con poder, ayuda, amistad y alianzas humanas para realizar y mantener su causa. La gente ve que todo esto fracasa y siempre ha fracasado, y no hace más que impedir y evitar que Dios haga su obra, porque la gente no dependerá de él. No puede dar éxito o favor a lo que se comienza y se basa en la sabiduría o confianza humana. La gente finalmente tiene que experimentar y lamentar esto, porque no lo querían creer antes.

40. Todo el que quiere ser un cristiano debe aprender a creer esto y usar y manifestar esta fe en sus asuntos, tanto corporales y espirituales, en su hacer y su sufrir, su vivir y su morir. Que elimine los cuidados y los pensamientos ansiosos y atrevida y confiadamente eche tales cosas de él, no a un rincón, como algunos vanamente suponen que pueden hacer, porque si están atascados en su corazón, realmente no han sido echado fuera. Más bien, debe echar tanto su corazón y sus cuidados sobre la espalda de Dios, porque él tiene un cuello y hombros fuertes de modo que fácilmente puede cargarlos. Además, nos ha mandado poner esto sobre él. No puedes poner y echar tanto sobre él que no preferiría todavía más. Hasta promete que cargará para ti tus cuidados y todo de que te preocupas.

41. Esta es una promesa maravillosa y un pasaje hermoso, dorado, si tan solo lo creyéramos. ¡Si un emperador, rey y señor poderoso en la tierra nos prometiera esto y exigiera que dejáramos que él se preocupara del oro y la plata y las necesidades de esta vida, cuan alegremente y sin preocupación todos se dependerían de él! Ahora un Señor mucho más excelente, que es todopoderoso y sincero, que tiene poder sobre el cuerpo y la vida, y que quiere y puede darnos todo lo que necesitamos, tanto temporal y eterno, dice esto. Entonces, si creyéramos esto, tendríamos la mitad del reino de los cielos, sí, un paraíso perfecto en la tierra. ¿Qué es mejor y más precioso que un corazón calmado con paz? Toda la gente lucha y obra para esto, como nosotros también hemos estado haciendo, y hemos corrido aquí y allá tras él. Sin embargo, no se encuentra en ninguna otra parte sino en la palabra de Dios, que nos dice echar nuestras preocupaciones y ansiedades sobre Dios, y así buscar la paz y el descanso allí. Debemos echar sobre él todo lo que nos oprime y alarma, porque él no quiere que haya preocupaciones en nuestro corazón, puesto que no pertenecen allí, sino fueron puestos allí por el diablo.

42. Por eso un cristiano, aun si tiene que sufrir toda clase de obstáculos, tentaciones y desgracias, puede seguir adelante alegremente, diciendo: “Querido Señor Dios, me has mandado a creer, enseñar, gobernar y actuar en tal forma que confíe en tu nombre y encomiende a ti todo lo que me suceda por causa de ello”, etc. Esta es una persona que

es igual a cualquier tarea, y que puede producir y hacer mucho bien, porque está librado del gran infortunio y ha puesto la piedra más dura sobre el cuello de Dios. En contraste, otro hombre no produce nada sino llenar su corazón con ansiedad y desesperación; no es capaz de ninguna buena obra, sino es incapaz tanto en hacer o sufrir. Tiene miedo de cada arbusto, y debido a su enojo o impaciencia no puede hacer nada bien.

Esto es lo que el mundo hace ahora. Los príncipes, señores, consejeros, burgueses y campesinos solo quieren tener poder, honor y riqueza, pero nadie quiere hacer nada; todo el mundo tiene miedo de que esto o aquello le suceda. Aunque el mundo nunca necesitaba más el buen gobierno que ahora, sin embargo, allí se sientan, adornados con una corona hermosa, porque son llamados señores y príncipes, etc., y tienen tal honor de Dios porque deben ejercer su oficio principesco y gobierno. Sin embargo, el mundo necesita ser gobernado, la juventud educada, los malos castigados. Pero si solo quieres tener el honor y no pisar el lodo, soportarás el desagrado, y en ello aprenderás a confiar en Dios y hacer todo por causa de él, entonces eres indigno de que la gente diga que has logrado algo bueno y benéfico; más bien debes ser castigado con la ira de Dios y quedarte incapaz de ninguna obra buena.

III

“Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar. Resistidlo firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.” (1 Pedro 5:8–9)

43. Ha enseñado dos cosas que se deben practicar en toda la vida cristiana, a saber, la humildad cristiana, que es el temor de Dios, y la fe y la confianza en Dios. Aquí amonesta de la lucha y batalla para preservar estas cosas. Muestra que tenemos a un enemigo y adversario que lucha por quitar nuestro tesoro y destruir nuestra salvación y bienaventuranza. Por tanto, quiere decir: “No trates de subir alto aquí en la tierra ni cuidar de ti mismo. Más bien, reflexiona sobre cómo puedes humillarte ante Dios y confiar en él. Que tu preocupación sea quedar con esta gracia, para que no te quite. El diablo desea eso y es el que motiva esta preocupación prohibida y, así, toda la desobediencia contra Dios, de modo que pueda quitar la fe y la palabra de Dios de tu corazón”.

Por tanto, no debes dejarlo pasar desapercibido y más bien luchar por otra cosa, irte con seguridad, dormirte y roncar como si no quedara peligro. Más bien, debes saber que no estás aquí en una cama de rosas sino estás en una lucha severa, en donde debes cuidarte, mantenerte despierto y preparado para defenderte. Tienes a un enemigo y adversario que no está jugando ni se debe menospreciar, sino uno que es poderoso, fuerte y, además, malvado y lleno de furia. No lucha con piedra y madera para derrocar rocas y árboles, sino tiene el ojo fijo en ustedes los cristianos. No se cansa ni se fatiga, sino les persigue sin descanso y sin cesar, no solo para ver qué hacen o tal vez causarles molestia y daño, que se puede vencer, sino desea totalmente devorarles.

44. Sus planes y cálculos solo son de asesinar y destruir a la gente tanto espiritual y corporalmente, así como al comienzo condujo y echó al hombre que se acababa de crear en la muerte. Todavía trabaja para lo mismo en el mundo en una forma abominable y terrible en los que no creen en Cristo, y no cesa hasta el día final. Podemos ver cómo fanfarronea incesantemente. Públicamente se enfurece y brama contra toda la cristiandad por medio de los turcos y otros tiranos y gente impía, aparte de la miseria y asesinato que especialmente causa aparte de eso cuando engaña y posee a las personas, impulsándolos a hacer daño a sí mismos o asesinar a otros sin ninguna razón, y en otras formas malvada y vergonzosamente los arruina en la desgracia y la miseria.

En resumen, el mundo no es nada sino la cueva de ladrones del diablo, tanto en el gobierno y los asuntos espirituales y físicos. Para de alguna forma restringir y frenar el asesinato físico, Dios ha ordenado el gobierno secular, padre y madre, y otras autoridades. Deben ser sobrios, despiertos y diligentes en este oficio, por el cual también debemos agradecer a Dios y pedirle que mantenga esta ayuda. De otro modo no habría nada de paz, sino solo asesinato en toda la tierra. Sin embargo, esto no impide el asesinato verdaderamente grande que el diablo obra en los que no tienen la palabra de Dios ni la fe.

45. Por eso necesitamos otra defensa y protección y otra sobriedad y vigilia, para que no suframos daño ni seamos devorados por ese asesino con sed de sangre. San Pedro habla de esto aquí con el rebaño de los cristianos, diciendo: “Por la sangre y muerte de Cristo ahora han escapado las mentiras y el asesinato del diablo; han sido vivificados y puestos en la forma celestial de vivir, así como sus queridos padres Adán, Abel, etc., que ya no están entre las mentiras y asesinatos sino viven en Cristo, aunque el cuerpo yace por un tiempo en la tierra, y la verdad y la vida deben otra vez ser restauradas tanto a su cuerpo y alma. Sin embargo, porque todavía viven en el mundo, están aún en peligro, porque todavía con su cuerpo están en la casa y mesón del asesino. Por tanto, deben guardarse, para que no vuelva a matarlos y asesinar sus almas que viven en esos cuerpos mortales. No les hará daño que el alma fue corrompido y el cuerpo todavía está sujeto a la muerte, porque ‘yo vivo’, dice Cristo, y ‘vosotros también viviréis’ (Juan 14:19). Pero deben luchar por quedarse en la verdad y la vida, para la cual fueron designados mientras vivan aquí en la tierra; de otro modo ya estarían en el paraíso. Sin embargo, el diablo todavía no se ha eliminado para el castigo de su condenación, no hasta el día final, cuando finalmente será arrojado del aire y de la tierra al abismo del infierno. Entonces ya no podrá atacarnos, y ya no habrá ninguna nube o velo entre nosotros y Dios, junto con sus ángeles.

46. “Ahora que son rescatados de su asesino”, dice además, “para que puedan guardar para Dios la vida que han comenzado, deben ser sobrios y despiertos, no solo con el cuerpo sino mucho más conforme a su espíritu y alma”. Ciertamente es verdad que el cristiano que debe resistir al diablo debe ser físicamente sobrio, puesto que un cerdo lleno y borracho no puede estar despierto ni concebir cómo resistir al diablo. Sin embargo, el cristiano debe cuidar mucho más para que su alma no sea somnolienta o borracha, porque así como el alma es cargada por el cuerpo cuando está relleno de

borrachera, así a la vez, si el alma está despierta y sobria, el cuerpo también se hace templado y listo a escuchar la palabra de Dios. Por otro lado, si el cuerpo está en la borrachera, el alma ya debe ser borracha, no prestando atención a la palabra de Dios y la oración. Si el alma es descuidadamente borracha y ahogada, no ayudará para nada si el cuerpo se hiere con ayunos estrictos y duros y la gran mortificación de los monjes, cartujos y eremitas.

47. Por tanto, aquí, además de la borrachera corporal, San Pedro prohíbe también la borrachera del alma, cuando la persona sigue en seguridad carnal, sin ningún pensamiento ni cuidado si tiene y retiene la palabra de Dios o no, sin importarle ni la ira ni la gracia de Dios. Además, se deja llenar con el dulce veneno de la falsa enseñanza, con que el diablo por sus sectas llena a la gente, para que se hagan completamente hinchadas y pierdan su fe, entendimiento y mente puros. Luego rebosan de tal borrachera tanto que lo escupen y vomitan hacia otros.

48. Esto es lo que sucede cuando la gente trata de ser astuta y sabia en las cosas divinas por la razón humana, que San Pedro con palabras apropiadas llama “el Doctor Fábula”, la “Fábula astuta”. Dice: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas” (2 Pedro 1:16). Estas son las palabras y sermones hermosos que tienen gran apariencia de la sabiduría y la santidad, con que la gente se agrada naturalmente. Por ejemplo, de la filosofía o la enseñanza de la ley, que la razón puede comprender, la gente se viste y manifiesta gloriosamente qué cosa tan espléndida es cuando alguien vive muy honorable y castamente y se enfoca en las buenas obras y las virtudes. De esta forma quieren afirmar que somos justos ante Dios, es decir, redimidos del pecado y la muerte por estas cosas (no solo por la fe).

49. Asimismo, otros sectarios vienen con palabra preciosas que han oído de nuestra predicación, tales como: “Las cosas externas no ayudan al alma; el Espíritu tiene que hacerlo”, etc. De esta manera desprecian el bautismo y el Sacramento. De modo semejante, Tomás Münzer con sus campesinos rebeldes y los sectarios anabaptistas predicaban con gran exhibición acerca de la vida vergonzosa, malvada del mundo, especialmente que los señores y príncipes eran gente impía y tiranos que merecían la ira y el castigo de Dios, etc. Por tanto, la gente debería salir adelante y quitarles de su oficio, matarlos y hacer un nuevo gobierno en que solo habría gente piadosa y santa, etc.

San Pedro llama estas y otras cosas similares “fábulas artificiosas”. Se alaban con una exhibición y apariencia hermosa y se alega que vienen de gran sabiduría y habilidad, con que la razón se deleita y se agrada. Toda idolatría, herejía y falsa enseñanza ha ganado terreno en el mundo desde el comienzo siendo descrita y adornada en forma hermosa por personas muy eruditas y sabias.

50. ¡Cuán excelente apareció y cuánta aprobación ganó en comparación con la fe en la verdadera deidad de Cristo, cuando Arrio y sus seguidores alegaron que Cristo debería ser exaltado sobre todos los ángeles y las criaturas; que todo honor, dominio y poder en el cielo y la tierra le pertencían; y aún que era como Dios en todas las cosas! Solo no es *homoousios*, a saber, en una esencia eterna, divina, indivisa, que es tanto *una* que nunca

se podría dividir. Sería demasiado decir que un hombre por naturaleza debería ser Dios, etc. Con esa pretensión gran parte de los cristianos fueron conducidos al error, de modo que solo pocos obispos se quedaron con la doctrina pura y la fe. Después este veneno ganó terreno entre los sabios de Asia y Grecia, hasta que Mahoma y sus sarracenos y turcos miserablemente llevaron al error la mayor parte del mundo.

51. Asimismo, el Papa ha embellecido y dado a sus abominaciones e idolatría una apariencia de excelencia. ¡Qué cosa tan hermosa es su culto bien ordenado! Asimismo, ¡qué cosa tan ventajosa y hermosa es el gobierno regular y el poder de la iglesia, como está tan bien distribuido conforme a la distinción de oficios y estados, con los obispos sobre los sacerdotes comunes, y sobre ellos, la sede de San Pedro en Roma, que tiene el poder, tantas veces que sea necesario, para convocar un concilio general y con él juzgar y concluir todos los asuntos acerca de la fe, que todos tienen que seguir y obedecer! Asimismo, ¡qué gran salvación y consuelo para el mundo entero es la obra de la misa en que los sacerdotes diariamente repiten y presentan ante Dios el sacrificio que Cristo hizo en la cruz, etc.! Este es el dulce vino en la copa de oro de la prostituta roja en Babilonia, con que emborrachó a todos los reyes y las naciones (Apocalipsis 17:2,4).

52. En dondequiera que el diablo encuentra a tales personas que prestan sus oídos a tales fábulas, procede para llenarlos tanto de fábulas que no pueden ver ni escuchar nada más. Piensan que esto es todo que hay y rehúsan recibir instrucción de lo que se les dice de la palabra de Dios. Así en su locura son robados de todo entendimiento genuino en la fe y todos los asuntos de doctrina pura, y solo continúan en su mente oscurecida con las cosas imaginarias y sin valor que ellos han inventado, sin arrepentimiento ni corrección, sin la gracia para enseñar ni hacer nada bueno. El ejemplo de todos los sectarios demuestra esto ampliamente.

53. Por eso San Pedro da la amonestación de que debemos ser “sobrios y velar”, especialmente conforme al espíritu, y guardarnos contra el dulce veneno y las mentiras y fábulas hermosamente embellecidas del diablo. Nos enseña cómo equiparnos y defendernos contra ellas. Dice:

“Resistidlo firmes en la fe” (1 Pedro 5:9).

54. La verdadera defensa y resistencia en que debemos estar sobrios y velar es ser bien fundados en la palabra de Dios y aferrarnos a ella cuando el diablo busca derrocar nuestra fe con sus fábulas artificiosas, producidas por el entendimiento humano y la razón. La razón es la novia del diablo y siempre quiere ser astuta y sabia en las cosas divinas, pensando que lo que considera recto y bueno también debe contar ante Dios. Sin embargo, la fe se aferra solo a la palabra de Dios y sabe que la sabiduría humana, la alta habilidad, gran poder y cualquier virtud que tenga la gente o pretenda tener no cuentan ante Dios, sino solo su gracia y el perdón de pecados en Cristo. Por tanto, la fe puede repeler y refutar todas estas finas pretensiones y fábulas artificiosas.

55. El dominio mundano, el emperador, el rey, los príncipes, etc., quieren jactarse de esto ante Dios y así se glorían: “Mi corona es una corona ante Dios, puesto que mi

poder y mi dominio me fueron dados por Dios. Por tanto, Dios tiene que considerar lo que digo y hago como algo que cuenta ante él. Todos deben dejar que lo que yo hago y quiero tener sean lo recto”. O un filósofo sabio o abogado quisiera jactarse y pretender: “Somos regentes muy doctos y sabios del mundo y tenemos leyes y estatutos loables y una enseñanza muy hermosa acerca de buenas obras y la virtud. La gente tiene que escucharnos y sobre todo dar prioridad a nuestro conocimiento. Todo el que es capaz o lo cumple es mucho más alto ante Dios que otros”, etc.

56. “No, querido hombre”, dice la fe. “Te permito jactarte de eso, como si fuera hasta ordenado y confirmado por Dios, pero no se aplica más allá de este gobierno y vida terrenal y físico”. Ante el mundo debe ser llamada “una corona”, “leyes” y “sabiduría”, pero ante Dios debes dejar tu corona, entregar tu fuerza y poder, leyes y sabiduría, y decir: “Dios, ten piedad de mí, pecador”. La razón ciertamente tiene la ventaja de ser equipada y adornada con la afirmación de Dios de que él confirma su gobierno en la tierra y se agrada de él, pero solo con que no se entrometa en el gobierno de Dios ni se jacte y se gloríe contra él. Más bien, debe saber que lo que se llama prudencia y sabiduría en la tierra se llama necedad ante Dios; que lo que se alaba y se recomienda ante el mundo como honor y virtud hermoso y valioso es pecado ante Dios y está bajo su ira; que lo que en la tierra se llama vida, ante Dios no es nada sino la muerte.

57. ¡Si ahora todo esto, padres, gobierno y otros estados que él mismo estableció y confirmó con su palabra (aunque hay cristianos en ellos) no se mantiene ante él en aquella vida, mucho menos dejará que lo que un hombre ha divisado o imaginado de su propia cabeza y corazón cuente ante él! Si quieres ser astuto y sabio, hazlo en las cosas encomendadas a ti: en tu casa, país, oficio, es decir, en asuntos terrenales, físicos, temporales. Sigue adelante, y gobierna bien, pero todos los libros, la razón y la sabiduría no serán suficientes para ti. Sin embargo, si alegas que tales cosas hechas por la razón deben contar ante Dios y ser llamadas algo hecho “prudente y sabiamente”, San Pedro dice que no son más que fábulas y charlas mentirosas.

58. Por ejemplo, un monje viene y dice: “Todo el que viste un hábito puede llevar una vida muy santa, porque se ha separado del mundo, puede quitar de sí todo cuidado y desagrado, y no tiene impedimento en servir a Dios pacífica y tranquilamente”. Estas palabras por seguro se hablan sabiamente, pero fundamentalmente, no son más que parloteo vacío, descontrolado e inútil. Esto viene de la palabra de Dios, que me enseña que Dios nos ha prohibido establecer nuestro propio culto. Asimismo, Dios quiere que se le sirva en la vida y los estados ordinarios, no por huir de ellos. Por eso el monaquismo no puede ser una vida divina y santa.

El Salmo 119:85 dice: *Narraverunt mihi iniqui fabulationes*, “Los soberbios me han cavado hoyos, mas no proceden según tu Ley”. Es decir, me predicán de cosas excelentes que ellos pretenden que sean valiosos para hacerme caer; pero cuando miro con cuidado a ellas, no son como tu palabra y mandato, que él dice que “son verdad” (Salmo 119:86). Una mentira siempre es hermosa; brilla y pretende ser la verdad. Además, tiene la ventaja de que puede adornarse de la palabra de Dios y acudirse a

cambiar la palabra de Dios en sus propias invenciones inútiles. Por otro lado, la verdad no brilla ni centellea tanto, porque no se adapta a la razón. Por ejemplo, cuando el cristiano ordinario con otros oye y cree el evangelio, usa el Sacramento, lleva una vida cristiana en la casa con su esposa e hijos, eso no se ve como las mentiras excelentes y hermosas de un cartujo o eremita, que está separado de la gente, y sin embargo no es útil para nadie. Deja que otros prediquen, gobiernen y suden con su trabajo.

59. Por tanto, en estos asuntos sobre todo debemos cuidarnos para tener la palabra de Dios y juzgar todas las enseñanzas y declaraciones de las personas de acuerdo a ella. Debemos diferenciar para que la razón, la sabiduría y el entendimiento queden muy por debajo de la palabra de Dios y no tengan ninguna autoridad más allá de lo que Dios ha establecido para ellos, a saber, para gobernar y juzgar asuntos de esta vida temporal. Todo el que tiene fe puede ver fácilmente que aquí la razón está sin la palabra de Dios o va más allá de ella con su astucia. Asimismo, en los asuntos seculares cada uno fácilmente entiende en la estación, oficio o comercio que conoce y desempeña si otro que presume hacerlo lo maneja bien o no. De forma similar, cada padre de familia en su propia casa bien entiende y sabe que no debe tolerarlo cuando los trabajadores cometen crímenes y hacen mal, o cuando alguien más para quien es indebido quiere acercarse a su esposa e hijas. Pero en estos asuntos divinos, la razón puede embellecerse y adornarse tanto que nadie lo nota que no ha apropiado honestamente la palabra de Dios con la fe.

No puede pararse, sino siempre será y tiene que ser astuto y sabio, aun en los asuntos de Dios que no le están encomendados. El diablo no causa más que miseria por este medio, así como la introdujo al mundo por nuestros padres en el comienzo. Sin embargo, no puede tolerar en sus propias preocupaciones y gobierno que nadie se atreva a juzgar u obrar en las cosas de las cuales no conoce ni ha aprendido nada, ni siquiera que se entrometa con su actividad en otros asuntos y gobierno que no son de él ni le sean pertinentes.

60. Si tal vez un zapatero se adelantara en la iglesia y reprendiera a la gente porque no todos calzaban los zapatos que él había hecho, y persuadiera a la gente que calzar sus zapatos era necesario para la salvación, lo echarían de la iglesia con sus zapatos y zapatillas y le dirían: “¡Quédate en casa en tu taller con tus zapatos y hormas! ¿Qué tienen estos que ver con el gobierno de las almas?”

Sin embargo, un sectario se jacta en su astucia: “Soy un hombre piadoso, santo, con iluminación especial del Espíritu Santo. Por tanto, no deben creer lo que dicen los otros por letras muertas, a saber, que una persona pueda ser Dios y hombre, o que una virgen pueda ser madre, o que una persona pueda ser purificada del pecado por agua y la palabra hablada”, etc. Entonces, en donde la palabra de Dios y la fe no son puras, nadie puede hablar contra él, y la razón obtiene la victoria, si tan solo tienen la reputación y nombre del Espíritu, de una vida santa, etc. Mira el daño que ha hecho el turco y todavía lo hace con su Mahoma, solo con el nombre y la reputación de adorar al único Dios. ¡Puesto que solo él tiene al verdadero Dios, él con sus seguidores son el único pueblo de

Dios en la tierra! Y luego reciben honor para su Dios peleando contra los cristianos. Porque tiene tanta buena fortuna y victoria, urge este punto tan fuertemente que aun muchos cristianos que vienen a ellos caen en su fe y se convierten en turcos, aunque ninguno de ellos se hace cristiano.

61. Por tanto, no hay otro consejo para resistir al diablo y quedarse sin ser devorado por él, dice San Pedro, sino mantener una fe firme. Esto quiere decir que el corazón que se aferra a la palabra de Dios debe apegarse completamente a ella y considerarla verdad, porque la fe no puede existir ni permanecer sin la palabra, y no puede escuchar ni aferrarse a nada más. Por eso debemos separar la palabra muy lejos de toda razón y sabiduría, y ponerla muy por encima de ellas, de modo que simplemente no sean nada, hasta muertas, en asuntos que tratan del gobierno de Dios, tales como en qué forma debemos escapar del pecado y la muerte eterna. La razón debe guardar silencio y dar solo a la palabra de Dios el honor de ser la verdad. San Pablo dice del oficio de la predicación del evangelio: Llevamos “cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”, etc. (2 Corintios 10:5).

Si la razón debe enseñarme de estas cosas, ¿por qué necesito la fe? ¿Por qué no debería inmediatamente echar el libro del Evangelio y todas las Escrituras? Los cristianos (dice San Pablo, 1 Cor 1:20-21) predicamos algo diferente y más alto de lo que la razón entiende, puesto que la sabiduría del mundo no es más que locura. Si la razón podría haberme enseñado que la madre de Cristo es una virgen, entonces el ángel Gabriel ciertamente podría haberse quedado arriba en el cielo y guardado silencio de ello. “Vuestra fe”, dice otra vez San Pablo, “no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2:5). Sí, esos son los trucos y artificios genuinos del diablo con que busca devorarte, que él afirma por la razón contra la palabra de Dios.

62. Esta es la amonestación de San Pedro a toda la cristiandad, especialmente a los predicadores, acerca de cómo deben guardarse contra el engaño y la astucia del diablo, con que los busca. Declara dos puntos. Primero, debemos conocer y estar conscientes de lo que el enemigo tiene en mente y planea hacer. Segundo, debemos conocer cómo debemos estar equipados para encontrar y resistirlo, para que podamos estar ante él y ser victoriosos. Él es un enemigo poderoso, atemorizante (dice), que también es el dios del mundo y tiene mayor sabiduría y astucia que toda la gente. Puede enceguecer y confundir la razón para que gustosamente crea y le siga a él.

Además, es un enemigo malvado y amargo de ti que tienes vida en Cristo. No lo puede tolerar, sino lucha e inventa todo para eliminarte. No pienses que esté lejos de ti o que solo te ataca desde lejos. Más bien, pone su campamento muy cerca de ti y alrededor de ti, aun en tu propio campo, es decir, en tu carne y sangre. Allí busca en dónde puede alcanzarte y repentinamente atacarte cuando bajas la guardia. Prueba ahora esto, ahora aquello. Si no puede derrocarte con confianza falsa y duda, luego prueba con la ira, la impaciencia, la avaricia, los malos deseos, etc., en dondequiera que ve una oportunidad o te encuentra débil. Por tanto, no imagina que esté bromeando contigo. Más bien, es

furioso y más hambriento que un león furioso y hambriento. No quiere herir ni morderte, sino completamente devorarte, de modo que ni tu alma ni tu cuerpo queden.

63. Todo el que quiere oponerse a tal enemigo debe estar equipado con otras armas e implementos que la astucia, el entendimiento, la fortaleza y la habilidad humanos. No hay otra cosa (dice San Pedro) que la fe, que tiene y se aferra a la palabra de Dios, para ello. Porque nos aferramos solo a esta, él no puede ganar. Es la verdad y el poder de Dios, ante la cual no puede quedarse en pie con sus mentiras y asesinato, sino tiene que ceder y huirse de ella. Por eso San Pablo nos dice: “Tomad el escudo de la fe” contra los ataques astutos del diablo, “con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Efesios 6:16). Principalmente desata estos en el corazón por medio de los pensamientos hermosos y racionales de la razón humana. Se transforma en un ángel de luz para confundir tu mente y la fe genuina con opiniones falsas y una fe falsa, y llevarte a la duda, la desconfianza, el odio y la ira contra Dios.

Así también en las otras tentaciones y luchas de la vida anima a la gente a pecados y desobediencia contra los mandamientos de Dios, tales como la avaricia, la usura, la ira, la venganza, la falta de castidad y otros vicios. Usa los mismos trucos, puesto que primero arranca la palabra de Dios del corazón y enceguece a la razón con pensamientos hermosos y dulces, tales como: “No está tan mal. Dios no se enojará mucho contigo. Ciertamente tendrá paciencia contigo. Todavía amas el evangelio”, etc. De esta forma te vence y te abate bajo la terrible ira y condenación de Dios.

64. No hay otra ayuda o forma de pararse contra esto que contender con firme fe por medio de la palabra de Dios contra tales impulsos y provocaciones, de modo que recuerdes tanto el daño que tuviste antes y la gracia que ahora has recibido. Antes estabas bajo la ira de Dios, de modo que sin el temor de Dios y la fe pertenecías al diablo conforme a toda su voluntad, y tendrías que haber perecido, si por su bondad sin límite Dios no te hubiera perdonado tus pecados y te hubiera dado su gracia. Además, para que ahora te cuides y no vuelvas a perder este tesoro, también te ha prometido dar el Espíritu Santo, que te ayuda a vencer para que no seas derrotado, si quedas en la fe. Asimismo, también manda que, si sientes debilidad y sufres tribulación, debes invocar y pedirle, y estar seguro de que él quiere darte lo que pides. Dice: “Todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Juan 16:23). Asimismo: “Si ... mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho” (Juan 15:7).

65. Con estas palabras, San Pedro quiere hacer a los cristianos valientes y confiados para resistir las tentaciones del diablo y defenderse. No deben asustarse ni acobardarse ante él, aunque les ataque severamente tanto por medio del mundo y su propia carne y por su propia actividad, como si fuera demasiado fuerte para ellos y tendrían que ceder a él. Más bien, debemos tener un corazón de hombre, luchar valientemente por nuestra fe, y saber que, si nos quedamos firmes, tenemos la fuerza y la ventaja de que él no nos vencerá, sino seremos como caballeros frente a él.

Hemos sido llamados por Dios y puestos en la posición de cristianos para que renunciemos al diablo y luchemos contra él, y así mantener el nombre, la palabra y el

reino de Dios contra él. Cristo, nuestra Cabeza, ya ha vencido y destruido al diablo y su poder sobre nosotros en su propia persona. Además, también nos da la fe y el Espíritu Santo, por el cual podemos derrocar lo que queda de su malicia, ira y poder con que nos tienta.

66. El cristiano debe recordar esto, digo, y llegar a conocer la fuerza y el poder de la fe, para que no siga la tentación y la atracción. No debe, por amor al diablo o el mundo y para su propio daño eterno por amor a un pequeño beneficio, deseo u honor temporal, rechazar la gracia de Dios y el Espíritu Santo y otra vez echarse bajo la ira y la condenación eterna.

IV

“sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.” (1 Pedro 5:9)

67. Esta es una declaración muy preciosa y consoladora, que San Pedro obviamente tenía no solo por inspiración del Espíritu Santo, sino también lo había probado y experimentado él mismo. Hizo esto cuando en la casa del sumo sacerdote negó a su Señor tres veces y pronto después cayó en tal angustia y temor que habría imitado al traidor Judas si Cristo no habría vuelto sus ojos sobre él. Por eso pronto después de su resurrección, mandó que a Pedro se le dijera primero. Por eso él mismo antes le había dicho: “Simón, ... yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:31–32).

También fielmente nos fortalece con esa declaración: “Tienen muchas cosas que sufrir en el mundo”, dice, “tanto en tentaciones espirituales y corporales contra la Primera y la Segunda Tabla, por las cuales el diablo les acecha por sus mentiras y asesinato”.

68. Hace mucho daño a los cristianos débiles según su carne y sangre cuando constantemente son atacados y afligidos por el diablo. Cada uno es tan severamente oprimido por su sufrimiento que piensa que nadie sufre tanto como él. Esto especialmente es el caso en las grandes tentaciones espirituales, cuando son atacados los que tienen dones especialmente grandes sobre los demás y deben supervisar a otros. San Pablo frecuentemente lamenta sus propias grandes pruebas, que la gente ordinaria no entiende y no puede soportar. Dios controla cuál cruz se impone a cada persona según quién es, qué tan fuerte es, y qué puede soportar. Sin embargo, bajo estos sufrimientos aun los espíritus grandes y fuertes tendrían que languidecer y marchitarse si Dios no les concediera consuelo. Asaltan el corazón en el cuerpo y cortan hasta la vida, como los salmos frecuentemente lamentan miserablemente.

69. Algunos en los monasterios, y de vez en cuando otras conciencias piadosas, tiernas, han experimentado cuán difícil es soportar esto, especialmente en la ceguera y oscuridad del papado, cuando tenían poco consuelo genuino. Sin embargo, también ha habido algunos espíritus sin experiencia e impertinentes que han visto esto y no lo han entendido, y sin embargo también quieren saber mucho sobre grandes tentaciones;

cuando las han experimentado, no han podido soportarlas. Se ha dicho que hubo tal persona que escuchó a otros lamentando con ansia sus tentaciones. Oró que Dios le dejara ser tentado de esa forma. Dios lo hizo ser tentado por deseos carnales. Sin embargo, cuando no podía soportar esos, pidió que Dios le diera otra tentación, la de su hermano, a quien consideraba como menor. Pero cuando recibió eso, oró mucho más fervientemente que Dios le volviera a dar la tentación anterior.

70. San Pedro consuela a los cristianos que sufrían tales tentaciones diciéndoles que ellos solos todavía no son los primeros en ser tentados de esa forma, como si deberían sentir que la suya era una cruz y sufrimiento completamente extraña, inusual e inaudita, ni pensar que los soportaban solos. Más bien, deberían saber que su hermandad, los cristianos, esparcidos en todos los tiempos y todos los lugares, porque están en el mundo, deben sufrir las mismas cosas del diablo y sus escamas. Les suaviza y consuela grandemente cuando el que sufre ve y sabe que no sufre solo sino junto con muchos otros.

71. Por supuesto, en las tentaciones externas del diablo y el mundo, de las cuales los cristianos tienen bastante que soportar, fácilmente se echa mano a este consuelo, porque la gente ve y oye que otros también sufren lo mismo. Sin embargo, cuando ataca a ti solo con sus dardos venenosos, tal como con la desesperación de la gracia de Dios, como si solo tú fueras rechazado; o con horribles pensamientos de blasfemia, de odiar a Dios, de juzgar y condenar su gobierno, etc., y tu corazón se atormenta y se alarma, de modo que piensas: “Nadie en la tierra nunca ha sido tentado más horriblemente”, entonces hay necesidad de usar este consuelo con que San Pedro te consuela junto con todos los cristianos y dice: “Querido amigo, no dejes que el diablo y tu sufrimiento te asusten y te dejen deprimido. Debes saber y no dudar que no sufres solo. No puede tentarte tan vergonzosamente como ha hecho con otros y todavía hace”.

Su meta y lo que busca no eres solo tú, sino toda la cristiandad, y siempre procede en sus sufrimientos a arrancar de sus corazones la palabra de Dios y la fe, privarlos de su consuelo en Cristo, y retratar a Dios como horriblemente hostil a ellos, de modo que sus corazones no tengan ningún pensamiento bueno acerca de él. Puede hacer esto no solo con pensamientos altos, espirituales, sutiles, sino también con sugerencias burdas, externas, de las cuales la persona misma tiene que avergonzarse y horrorizarse. Yo mismo he visto y escuchado a una muchacha quejarse de esta tentación: Cuando se paraba en la iglesia y veía el Sacramento elevado, se le ocurrió el pensamiento: “¡Mira qué villano el sacerdote está elevando!” Repentinamente se puso tan asustada por ello que se cayó en la tierra.

72. Tal susto y angustia vienen cuando una persona imagina y piensa que nadie más tiene tan horribles tentaciones como él, y solo él tiene un sufrimiento especialmente inusual y extraordinario. Es cierto que la tentación de una persona puede suceder en otra situación y circunstancias y de otra forma que la de otros, de modo que parezca que su sufrimiento sea disimilar y diferente del de otros. Sin embargo, todo el sufrimiento y la tentación es igual y de una clase, puesto que el diablo busca forzar a todos a abandonar

el temor y la confianza en Dios para que desprecien, no crean, odien y calumnien a Dios. Por eso los apóstoles están acostumbrados a llamar el sufrimiento de los cristianos una comunión en el sufrimiento y la aflicción y a conectar todo su sufrimiento con el de Cristo, nuestro Señor, como la Cabeza y Precursor. San Pedro dice: “el Espíritu de Cristo anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:11). San Pablo dice que cumple en su carne lo que todavía falta de las aflicciones en Cristo (Colosenses 1:24).

73. Si queremos hablar de sufrimiento especialmente severo, seguramente ningún corazón humano puede considerar ni expresar cuán grande y severa fue la angustia y el dolor que nuestros primeros padres, Adán y Eva, tuvieron debido a su miserable caída. ¡Qué grande miseria tuvo que ver Adán después durante novecientos años de su vida, en su primer hijo, Caín, y en sus hijos! Nadie jamás ha experimentado algo como eso. Después de la muerte de Abel, los dos llevaron su sufrimiento por casi cien años y no se juntaron conyugalmente, hasta que engendraron su tercer hijo. Estos novecientos años ciertamente fueron un tiempo triste y miserable para ellos.

En el día final podemos debatir con este nuestro padre acerca de este gran sufrimiento solitario de que no sabemos nada. Gustosamente confesaremos que en esto él es nuestro maestro y padre, y nosotros solo hemos sido estudiantes inferiores. Fue muy severo y peligroso para él, porque no tuvo ningún ejemplo antes de él de sufrimiento similar, de que podría tomar consuelo.

74. Asimismo, si pudieras ponderar correctamente lo que los otros grandes y santos patriarcas, profetas y apóstoles, especialmente San Pablo y San Pedro, etc., y luego todos los queridos mártires y santos han sufrido, entonces ciertamente tendrías que decir que toda tu tentación y sufrimiento no es nada en comparación. Sin embargo, antes y por encima de todos estos fue la tentación y sufrimiento de Cristo, cuando los dardos realmente encendidos del diablo traspasaron su corazón y exprimieron sudor sangriento angustiado en profusión desde su cuerpo. Nos excede a todos nosotros tanto en su sufrimiento que con todo nuestro sufrimiento solo podemos seguir en sus pisadas.

75. Debes aprender a entender bien esta declaración de San Pedro, para que no pienses que solo tú sufres tentaciones y golpes tan severos y horribles del diablo. Más bien, tus hermanos, no solo los que están muertos (que también te ponen un ejemplo hermoso) sino también los que viven contigo en el mundo, han sufrido y todavía sufren peligros tan temibles. Tienen a precisamente el mismo enemigo que Cristo y toda la cristiandad tienen. Puedes jactarte con alegría y decir: “¡Alabado sea Dios! No soy el único que sufre, sino conmigo está la hermosa multitud de toda la querida cristiandad en la tierra, mis queridos hermanos y hermanas, hasta el día final. San Pedro aquí me consuela y fortalece, como Cristo le mandó hacer, como uno que también fue tentado y ha experimentado este sufrimiento, en un grado mucho mayor que yo y otros hemos sufrido”.

76. También a veces he pensado en mis tentaciones: “Me gustaría debatir con San Pedro y San Pablo acerca de si ellos podrían haber sido probados más severamente que yo”.

Cuando el diablo no puede hacer otra cosa, lleva al hombre al punto en que no puede mirar más que su propio sufrimiento y peligro. Lo oprime con el pensamiento de que no puede hablar otra persona tan rechazada por Dios y tan estancada en la angustia y el peligro. Frecuentemente me ha preocupado tanto con tales debates que no podía responder ninguno de sus argumentos, sino sencillamente tenía que dirigirlo lejos de mí a Cristo, que puede darle bastante que debatir. Si no tenemos a Cristo con nosotros, entonces es demasiado fuerte y muy superior a nosotros, de modo que es imposible que callemos sus objeciones. Pronto repulsaría toda mi habilidad y me cortaría con mi propia espada.

77. Sin embargo, los maestros sectarios y otros espíritus seguros son gente pobre, miserable, que no han experimentado nada de este conflicto. Siguen su camino, ahogados en sus propios pensamientos soñados, que les parecen tan seguros que no pueden estar equivocados. Algunos de ellos atrevidamente y sin temor blasfeman, diciendo que Dios mismo no lo quitará de ellos. El diablo hasta les fortalece en esto, se agrada de ellos, y solo les hace más endurecidos. Sin embargo, es la señal de que todavía no conocen al diablo y ya están engeguedidos y captados por él, de modo que él les puede abatir cuando quiera.

78. Los cristianos genuinos no están tan seguros y desafiantes cuando son atacados genuinamente, sino en los conflictos muy severos y alarmantes se esfuerzan por impedir que el diablo les quite su espada. Sé que soy docto como un doctor y he probado un poco de lo que puede hacer el diablo, pero tengo que testificar por mi experiencia diaria que él fácilmente puede abatirme, si no soy preservado en la fe y no tengo a Cristo en el corazón. Tomás Münzer pensaba que estaba tan firme y obstinado que se atrevía a decir que no miraría a Cristo si él mismo no quería hablar con él. Sin embargo, cuando el diablo finalmente comenzó a atacarlo, la gente vio qué era su desafío y jactancia. No, los que obstinadamente se jactan como si ya hubieran consumido al diablo no son los que lo hacen. No ven que, mucho antes, fueron devorados siete veces por él y están atrapados en sus fauces.

79. El hereje Arrio también estaba seguro de sí mismo y orgulloso contra los obispos piadosos y los cristianos. De hecho, cuando fue reprendido por su obispo por su error y se le exhortó a abandonarlo, solo se hizo más terco y se quejó de esta persecución. Su sufrimiento fue que la gente no pasaría por alto su horrible blasfemia. Asimismo, los sectarios y todos los blasfemos, hasta los asesinos públicos y tiranos, siempre quieren ser mártires, si la gente no aprobará y consentirá a lo que ellos vociferan contra la palabra de Dios y la gente piadosa. Están tan seguros de sí mismos que no temen a Dios para nada y consideran el diablo una abeja muerta, hasta que en el fin repentinamente los arrebató y les echó abajo en un momento.

80. Sin embargo, los pobres cristianos tentados solo necesitan que alguien sinceramente les consuele y fortalezca con la palabra de Dios. Deben luchar y pelear ansiosamente para que en estas grandes tentaciones no pierdan sencillamente a Dios, Cristo, el Credo y el Padrenuestro. Por tanto, hay necesidad aquí del oficio y la obra encomendados a

San Pedro para fortalecer a sus hermanos. En sus tentaciones él también necesitaba esto y se le dio este consuelo de antemano por Cristo, que él había orado por él para que su fe no se extinguiera completamente y desapareciera. Sin embargo, debido a su negación, su fe casi se extinguió por tres días, y apenas quedaba de ella la chispa más pequeña.

Por eso, como un apóstol fiel, ahora consuela a los que están en luchas y trepidación similares y grandes peligros de que su fe se hunda y se extinga. Dice a todos los que sufren sin consuelo: “Mi querido hermano, no imagines que estás solo en esta peligrosa tentación. Muchos de tus hermanos también sufren tan severamente como tú. Yo también he sufrido tan severamente, y estaba tan débil como tú puedas serlo. Si no quieres creer esto, mira lo que me sucedió en la casa de Caifás, el sumo sacerdote, cuando me atreví a ir con Cristo a la prisión y la muerte. Repentinamente una sirvienta me atacó con una palabra, y caí, negué y renuncié a mi querido Señor en la forma más horrible. Por tres días enteros estuve en peligro, puesto que no tenía a nadie que me consolara y había sufrido como yo, excepto que mi querido Señor, a pesar de ello, me dio una mirada con sus ojos en forma amistosa”.

81. Por tanto, nadie debe considerar su angustia y aflicción tan severa y horrible como si fuera algo nuevo y nunca había sucedido con otros. Puede ser nuevo para ti que no tienes experiencia, pero mira alrededor a la gran multitud en la querida iglesia desde el principio hasta esta hora. La iglesia ha sido puesta en el mundo para que constantemente tenga que correr el guante del diablo y sin cesar ser zarandeada (como Cristo mismo dice, Lucas 22:31), como la gente hace con el trigo.

Amigo mío, todavía no has visto ni experimentado lo que nuestros primeros padres tuvieron que experimentar y soportar durante toda su vida, y después de ellos todos los queridos santos padres hasta Cristo. San Pedro avanzó mucho más en esta escuela que tú y yo, y gustosamente diría que la misma tentación como la de él apenas se podría encontrar. Hasta San Pablo dice de sí mismo y los otros queridos apóstoles: “Dios nos ha puesto como sentenciados a muerte... para los ángeles ...como la escoria del mundo, el desecho de todos.” (1 Corintios 4:9,13), de modo que el diablo pueda severamente afligirnos según su voluntad, y así tomar placer y deleite en nosotros. ¿Qué es el sufrimiento de toda la gente en comparación con la angustia y la lucha de Cristo, en que él sudó sangre por ti?

82. Señala esto al diablo cuando te aflige con todas sus tentaciones, y deja que debate con él acerca de lo que son las tentaciones verdaderamente grandes, la lucha de la muerte y la angustia del infierno, etc. Pero toma consuelo porque tú también perteneces a los que estaban en la comunión del sufrimiento contigo y siempre estarán allí hasta el día final. Este es un grupo hermoso y glorioso, todos bajo un Señor y Cabeza, que es el Señor que ha quitado el poder del diablo y todo su infierno. En resumen, tu sufrimiento no puede ser tan malo, ni fue tan malo, como lo fue para los queridos apóstoles, profetas, patriarcas y todos los santos, pero especialmente para Cristo mismo. No debemos dudar, dice San Pablo, que “si es que padecemos juntamente con él, ... juntamente con él [seremos] glorificados” (Romanos 8:17).